

¿ TUVO JESUCRISTO INTENCIONES POLITICAS ?

Por Oscar Cullmann

Profesor emérito de las Universidades de París y Basilea

I. - COMENTARIOS PRELIMINARES

Es natural que los cristianos se remontan hasta Jesucristo para encontrar respuesta a los problemas de su tiempo. Pero la interpretación del Evangelio que hay que consultar no es tan fácil como algunos creen.

En primer lugar, hay que evitar todo concepto del Evangelio basado en normas modernas ajenas a la perspectiva de Jesús y sobre todo resistir a la tentación de las modas pasajeras expresadas con "slogans." A menudo se abandona la búsqueda de la objetividad. Se ha justificado la inspiración en nuestras propias normas para estudiar el Evangelio y querer independizarlo de ellas se considera como utópico e "ingenuo". Desde luego, es imposible eliminar totalmente nuestra manera de pensar. Pero esta afirmación algo banal, no nos dispensa de la obligación de hacer un esfuerzo constante por renunciar a los patrones adquiridos, al analizar los textos que nos transmiten la "Buena Nueva". Debemos pues estar dispuestos a recibir del Evangelio un mensaje nuevo, que choqua quizás con las ideas actuales, actitud que podría facilitarse gracias a un medio que Dios ha puesto a nuestra disposición: el de los conocimientos filológicos e históricos que nos permiten comprender mejor la distancia que separa la perspectiva de Jesucristo de la perspectiva que presuponen los conceptos modernos.

La actitud y las enseñanzas de Cristo presentan a veces aspectos que parecen divergentes o aun opuestos entre sí. En este caso, el error básico que es preciso evitar es partir de la presuposición de que la actitud de Jesús necesariamente ha debido ser simple. Si los simplificados, según la conocida palabra, son "terribles" en todos los campos, lo son aún más cuando simplifican la imagen de Jesús. Veremos que la perspectiva de Jesús es tal, que con frecuencia es necesario tener en cuenta dos categorías de relatos y palabras del Evangelio. La manera más común pero demasiado fácil para hacer de Jesús el testigo de una posición unilateral correspondiente a una ideología moderna, es "elegir", tomando como criterio a ese fin, entre los elementos contenidos en el Evangelio, aquellos que puedan interpretarse en el sentido indicado. Esta forma arbitraria de "elegir" constituye la herejía por excelencia. En efecto, la palabra "herejía" proviene del verbo griego "haireomai" que significa "elegir". Hay dos formas de efectuar esa elección: ya sea ignorando sencillamente aquellas partes del Evangelio que se opongan a la tesis que se quiere demostrar, o contándolas arbitrariamente entre las deformaciones teológicas que posteriormente se hicieron de un mensaje primitivamente simple.

Es grande la tentación de adjudicar a la obra de Jesús una de nues-

tras categorías políticas, "derecha" o "izquierda". Los unos eliminan del Evangelio los rasgos que nos dan a conocer la actitud crítica de Jesús con respecto al régimen político de su tiempo, y los otros eliminan los rasgos que insisten en la importancia de exigir un cambio individual en los corazones que nos previenen contra toda acción o preocupación que nos desvíe de la perspectiva de un Reino trascendente.

Es grato ver cómo cristianos que participan de la política tratan de conciliar la fe cristiana con su opción política. Pero esa conciliación no debe en modo alguno hacerse traicionando las bases esenciales del Evangelio ni reduciendo o adaptando el mensaje cristiano en favor de una politización unilateral. Trátese de un procedimiento hacia la "derecha" o hacia la "izquierda", sigue siendo el mismo abandono de la riqueza del Evangelio la cual debería situarnos por encima de nuestros antagonismos. Actualmente hemos visto a la vez intentos de politización de la fe cristiana por parte de un movimiento de "derecha" y las tendencias, más comunes hoy en día, de politización por parte de la "izquierda": dos desviaciones que surgen del mismo error fundamental.

II. - LA PERSPECTIVA DE JESUCRISTO: EL REINO DE DIOS

En los tiempos de Jesús se tienen dos esperanzas diferentes, dos "escatologías", empleando el término técnico del lenguaje teológico derivado del griego "eschata" (lo último) que designa el fin del mundo. La primera prevé un Reino terreno en un Estado nacional donde, al restaurar el esplendor del reino de David, Israel se convertirá en el centro político del mundo. Ciertamente se cuenta con la intervención divina aunque para la plena realización de ese objetivo es esencial la intervención humana mediante una acción política y aún militar. Esta tendencia, predicada en su forma extrema por el partido de resistencia de los "Zelotas" (del griego "zelos" que significa celo), incluye la lucha, aun armada, contra la ocupación romana. La otra escatología es la deo "apocalíptica", cultivada en ciertos medios; consiste en esperar la venida del Reino, también con la intervención divina pero en medio de una catástrofe cósmica. El segundo plano de esta concepción que incluye una catástrofe cósmica es el de las dos "eras" (eones) o "siglos": la era actual dominada por la justicia, el desorden, la imperfección y destinada a desaparecer; y la era del futuro, el paraíso en el cual reinan la paz y la justicia.

La espera de Jesús se relaciona con esa escatología apocalíptica. El predice "el fin de la era actual" (Mat. 13:49): "Ha llegado el momento, se acerca el Reino" (Mat. 1:15). Es evidente que todas esas palabras al igual que muchas otras se refieren al futuro, cuyo advenimiento sólo conoce Dios. Pero la predicación de Jesús añade un elemento nuevo a la concepción de su tiempo: ese Reino del futuro irrumpe en la era presente encarnando en su persona (aspecto relacionado a la conciencia mesiánica de Jesucristo). Juan Bautista le pregunta: "¿Eres tú el

que ha de venir, o debemos esperar a otro?" y Jesús le responde citando pasajes de Isaias: "Los ciegos ven y los cojos andan... los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva" (Mat. 11:2 ss.) Está seguro de que él es el que debe vencer a Satán en el terreno de la enfermedad y de todo el resto de sus manifestaciones: "Pero si por el dedo de Dios expulsé yo a los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Luc. 11:20). Él ha visto a "Satanás caer del cielo como un rayo" (Luc. 10:18). Las dos series de palabras, el "todavía no" y el "ya" se juxtaponen. La presencia del Reino, el "ya" se incluye en el "todavía no" de la catástrofe cósmica anunciada con igual vehemencia. Los indicios de la presencia anticipada no se manifiestan con la ejecución de un programa político sino con milagros que tienen su origen en un reino trascendente que se realizará plenamente al final de los tiempos. El vínculo entre el presente y el futuro, lo que en mis publicaciones denomino la tensión entre el "ya" y el "todavía no" característico de todo el Nuevo Testamento, es claro: lo que hará llegar el Reino futuro ya está aquí.

Esto nos lleva a hablar del Mesías. Y aquí también hay que distinguir en el judaísmo de aquella época dos concepciones correspondientes a las dos escatologías mencionadas. Según la que comparte la mayoría y en especial los Zelotas, el Mesías es un guerrero victorioso que establecerá en la tierra un poderoso reino de Israel, centro del mundo; según la otra, la de los medios apocalípticos, aquel que el Libro de Daniel (c. 7:13) y otros apocalipsis judíos llaman "El Hijo del Hombre" vendrá "sobre las nubes del cielo" para llevar el Reino fuera de las contingencias terrenales hacia un plano cósmico.

Jesús no se considera como el Mesías político sino como el Hijo del Hombre. Se relaciona, pues, una vez más, el concepto apocalíptico y no político que desde hace mucho tiempo los especialistas del judaísmo contemporáneo han distinguido claramente del concepto común en ese entonces. En la tierra, el Hijo del Hombre por una parte anticipa el Reino futuro mediante la proclamación del amor y la justicia mediante los milagros y por otra parte introduce su advenimiento en cumplimiento de la obra del "Doliente Servidor de Dios" anunciado por Isaias, con toda humildad y lejos de toda agitación política. Cuando la muchedumbre quiere apoderarse de él para hacerlo rey, Jesús huye para eludir el entusiasmo popular (Juan 6:15).

El relato de la tentación que Mateo y Lucas han situado al principio mismo de su ministerio, demuestra el hecho de que Jesús consideró el concepto corriente de un Mesías que establezca su poderoso reino en la tierra, como una tentación del diablo. Es él quien le muestra los Reinos de la tierra: "todo esto te daré..."; le propone un ideal político, zelota. Y Jesús le dice: "Apártate Satanás" (Mat. 4:10). Igualmente cuando el apóstol Pedro quiere impedir que Jesús cumpla con su misión de "Doliente Servidor de Dios", "¡Lejos de ti Señor!", Jesús

reconoce que el diablo está utilizando al apóstol y su respuesta es semejante: "¡Quítate de mí vista Satanás!" (Mat. 16:22). Según Luc. 4:13 fue en el Getsemani donde el diablo "una vez más" le sugiere el papel de Mesías-Rey. ¿No sería ese el momento de traer el reino por la fuerza? Jesús se resiste de nuevo: "Vuelve la espada a la vaina". Anteriormente, para entrar a Jerusalén recogió un asno (Mr. 11:1) y no el caballo como se hubiera esperado del Mesías. Su intención de ninguna manera habría sido entonces provocar una manifestación digna contra las autoridades.

No obstante, Jesús fue condenado y crucificado por los romanos como un zelota, según lo demuestra la inscripción de la cruz que obligatoriamente debía indicar la causa de la condena: "el rey de los judíos". Fue un error judicial cometido también por los sabios que debido a los hechos mencionados dan un significado político a la muerte de Jesús. El ya había sido aprehendido por la cohorte romana, según el Evangelio de Juan (18:22) que como es bien sabido dispone de datos particularmente exactos sobre la pasión. Pero según Juan 11:48 este acontecimiento fue precedido por una sesión en el Sanhedrín en donde se decidió denunciar a Jesús ante los romanos por rebelión política, única acusación que podría interesarles. Las autoridades judías no tenían las mismas razones para condenarlo, pero para fundamentar su denuncia debían intencionalmente deformar lo que Jesús había dicho del Reino de Dios y de su propio oficio mesiánico. Era muy posible que los romanos no supieran distinguir entre Mesías político y Mesías-Hijo o "Servidor Doliente".

Según Juan 18:33 ss. el interrogatorio ante Pilatos también se centra en el aspecto político: "¿Eres tú el Rey de los judíos?" Jesús no lo niega, pero da esa respuesta que resume perfectamente todo lo que acabamos de decir sobre la perspectiva en la cual hay que situar el asunto que estamos considerando: "Mi reino no es de este mundo". Pilato no era judío, como funcionario del Estado romano, únicamente interpretaría las aspiraciones de un judío al reino en una provincia romana, desde el punto de vista político.

III. - ACTITUD DE JESÚS HACIA EL MUNDO EN ESPERA DEL FIN.

Ciertamente la perspectiva de Jesús dirige todas las miradas hacia el Reino futuro. "¿Oírlo para el pueblo?". Ante todo, hay que señalar la constante alusión al Reino futuro no está únicamente destinada a ser consuelo para los pobres, sino también, casi más importante, una amenaza para los ricos. Por otra parte no es un estímulo al Inmovilismo del mundo actual, sino al contrario, un estímulo para trabajar en favor del amor y la justicia. La razón de ser de la actividad de los discípulos de Cristo no es tanto la recompensa del futuro como la plena convicción de que si estas normas se aplican desde ahora, se realizarán plenamente en el Reino futuro.

Es verdad que para cumplir con su misión los doce apóstoles dejan a sus familias; pero sería falso concluir que Jesús recomienda una reforma general en el sentido de abolir la familia. Sería igualmente falso concluir a propósito de la frase "eunucos por el Reino de los Cielos" (Mat. 19: 12) que haya querido acabar con el matrimonio. Aunque en el Reino de Dios ya no habrá matrimonio, (Mar. 12:25) en el mundo todavía deseado por Dios los vínculos indisolubles del matrimonio son también deseados por Dios.

A la luz del Reino venidero, Jesús quiere cambiar los corazones de los hombres y no el contexto del mundo. Podríamos aún atrevernos a decir que: querer cambiar el contexto sin cambiar los corazones, significaría en el espíritu de Jesucristo "el opio para el pueblo".

El relato de Lucas 12:13 ss. es especialmente instructivo para darnos a conocer los límites que Jesús ve en su obra mesiánica. Un hombre a quien su hermano ha privado de parte de su herencia pide a Jesús que intervenga, a lo cual responde: "¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?" El rehusar asumir una función que no le corresponde, no le impide en los versículos siguientes del evangelio de Lucas censurar la codicia y denunciar mediante una parábola, la locura del rico que construye los graneros más grandes y en la noche le reclamarán el alma.

En el mismo capítulo se advierte que no hay que preocuparse por las necesidades materiales, lo cual en el Evangelio de Mateo aparece en el Sermón de la Montaña: "No andéis preocupados por vuestra vida... fijaos en los lirios del campo... ya sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad"; y el pasaje concluye con la recomendación: "Buscad más bien el Reino de Dios y esas cosas se os darán por añadidura" (ver. 31) Mateo agrega la palabra "primero" (buscad primero) y esa prioridad, implícita también en el texto de Lucas, da todo el sentido a la palabra de Jesús.

Considerar el Evangelio únicamente desde el punto de vista de nuestros problemas sociales y políticos, sería una singular limitación. Todo el Sermón de la Montaña está dirigido en primer lugar hacia el cambio individual de los discípulos de Jesús, indicado por esa palabra griega tan difícil de traducir "metanoia" (en general 'arrepentimiento', 'conversión'), que designa el esfuerzo de transformación radical de todo hombre interior: el "cumplimiento" de la ley, el amor a los enemigos, la no resistencia al malvado, la limosna, la oración, el ayuno, el perdón y precisamente no dejarse dominar por las preocupaciones. En la parábola del fariseo y el publicano (Luc. 18:9 ss.) lo que se exige es la conciencia individual del pecado. En la del buen Samaritano (Luc. 10: 33 ss.) hay que señalar que el amor al prójimo se aplica en un encuentro "casual" (vers. 31). No se trata de una obra social organizada.

IV. - JESÚS Y EL TEMPLO

Jesús purificó el templo. ¿No fue éste un acto revolucionario dirigido contra "la clase dominante"? ¿Puede este acontecimiento permitir todavía afirmar que Jesús se sitúa más allá de nuestros antagonismos? ¿No trató de contribuir a la destrucción de una Institución fundamental, según lo acusaron los "falsos testigos" en el juicio? (Mar. 14:57ss) y al tratar de poner fin al culto en el templo, ¿no habrá considerado todo el sistema del orden social de Palestina como un medio de "explotación del pueblo"?

Notemos que ante todo la purificación se refería únicamente al abuso que constituía el tráfico de animales y el cambio de monedas en la casa de Dios, de modo que no hay que exagerar su alcance. Con razón los exégetas subrayan que ni la policía del templo ni los soldados romanos intervinieron y que en el juicio de Jesús este acontecimiento ni figuraba entre las principales acusaciones. Sin embargo se trata de un hecho que debió impresionar a los asistentes. Era una señal profética para llamar la atención sobre el objetivo del verdadero culto. De ninguna manera se trataba de parte de un plan cuyo fin fuera abolir la institución.

V. - JESUS Y EL ESTADO

Ya hemos hablado de la actitud de Jesús frente al Estado, a propósito de la forma como él se aleja de los zelotas por su concepto sobre su misión mesiánica y por lo tanto podemos ser breves. El problema político se presenta en la época de Jesús sobre todo como problema zelota. Era el asunto político del momento. Hemos visto que Jesús se niega a ser un Mesías político.

De nuevo, además de los rasgos mencionados anteriormente, encontramos dos categorías de frases y relatos referentes al Estado que parecen contradictorios si no se tiene en cuenta la perspectiva del Reino de Dios.

Por una parte Jesús no teme llamar "zorro" a Herodes, gobernante de Galilea (Luc. 13:32). Igualmente la ironía con la cual hace alusión al emperador y a los soberanos en general que mientras dominan a sus pueblos se hacen llamar "bienhechores" (Luc. 22:25), denota sus reservas hacia aquellos que ejercen el poder. Por otra parte, Jesús no predica la guerra contra Herodes ni contra el emperador romano. Se opone a los que quieren conquistar el Reino de Dios con la violencia (Mat. 11:12), recomienda la no resistencia (Mat. 5:39 ss.), predica el amor a los enemigos y declara dichosos a los pacíficos.

Nada demuestra más claramente su actitud doble frente al Estado que su respuesta a la pregunta de los herodianos y fariseos: "¿Es ilícito pagar tributo al César o no?" (Mar. 12:13). Quieren comprometerlo; si Jesús responde que sí, lo considerarán como un traidor a la causa del

Dios de Israel; si responde que no, reconocería ser un rebelde. Jesús no dice ni sí ni no; su respuesta es intencionalmente ambigua desde cualquier punto de vista político: "Lo del César, devolvédsele al César; y lo de Dios a Dios". Para los adversarios de la ocupación romana, especialmente para los zelotas que a la pregunta de "si hay que pagar tributo" responden con un no categórico y para quienes la respuesta es aun una prueba de fidelidad hacia Israel, la contestación de Jesús debía parecer como un término medio detestable.

Sin embargo no es por diplomacia ni por tendencia al término medio que Jesús recomienda dar al Estado lo que necesita para existir. Dar al César lo que es del César implica también; no deis más de lo que corresponde. Y dar a Dios lo que es de Dios no significa poner a Dios y al César en un mismo plano; en realidad la frase es irónica. ¿Qué hay que dar al César? Lo que le pertenece; el dinero, y sabemos por otra parte, lo que Jesús dice de Dios y de Mamón. Pero que demos a Dios lo que le pertenece; toda nuestra persona. La respuesta de Jesús se sitúa más allá del sí y del no políticos y por eso ha podido ser deformada por sus adversarios, tal como deformaron lo que dijo de su realeza y lo que dijo del templo. Según Lucas 23:2, los judíos lo entregaron a Pilato bajo la siguiente acusación: "Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César". Si se parte de una perspectiva política, necesariamente se cae en el error de una mala interpretación de esta respuesta y esto en ambos sentidos.

Jesús estaba tan lejos de aceptar sin reservas el Estado, como de rebelarse contra él. Estas dos actitudes habrían sido incompatibles con su predicación de la Buena Nueva del Reino. Entre los doce apóstoles había uno (o varios) antiguos zelotas. Pero al mismo tiempo Jesús aceptaba entre los suyos a un antiguo publicano y por consiguiente colaborador de la potencia ocupante y aún buscaba la compañía de los representantes del orden establecido (Luc. 19:1 ss.)

VI. JESUS Y LOS POBRES

Hemos dejado para el final el aspecto más importante. La constante preocupación de Jesús por el problema de los "ricos y pobres" ¿no denotaría un interés político de cambiar las estructuras que son la base de las diferencias de clase? ¿Encontramos una vez más la confirmación de la actitud que hemos visto en otros campos? Es aquí donde verdaderamente se requiere un esfuerzo de objetividad.

Por cierto, durante su ministerio Jesús hace todo lo posible por mejorar la situación de los pobres; pero no lo hace cambiando las instituciones sino haciendo un incesante llamado a los ricos para que no se apeguen a los tesoros terrenales, para que cambien radicalmente su actitud interior hacia su fortuna, para que ayuden a los pobres, a fin de ganar "un tesoro en el cielo" (Mc 10: 21). Pues todo este aspecto está considerado desde el ángulo del Reino futuro. Esta pers-

pectiva del otro mundo es ciertamente un consuelo para los pobres ("Bienaventurados los pobres" Mat. 5:3) pero es más una amenaza para los ricos (parábola del rico y Lázaro, Luc. 16:19 ss.; del rico que construye graneros más grandes, Luc. 12:16 ss.; visión del juicio final sobre la base de que lo que se haga o no, se haga con los pequeños de la tierra, se hace o se deja de hacer a Jesucristo, Mat. 25:31 ss.; la dificultad de los ricos para entrar al Reino de los Cielos, Mr. 10:24). El llamado a los ricos va hasta la terrible predicción: "¡Ay de vosotros los ricos porque habéis recibido vuestro consuelo!" (Luc. 6:24). Se refiere a aquellos que no responden al llamado de Jesús, aquellos cuyo corazón sigue endurecido, prisionero de la búsqueda de tesoros terrenales.

Jesús compadece también a los ricos cuando se dirige a ellos para cambiar sus corazones, pues sabe que para ellos es mucho más difícil convertirse que para los pobres. Tienen mucho más riesgos de perder su salvación. Por esta razón, a priori son más desdichados; pero Jesús no los odia. En el relato del rico que quiere saber lo que debe hacer "para tener en herencia la vida eterna" (bajo la misma perspectiva) se dice que Jesús le ama (Mar. 10:21). Se invita a casa de Zaqueo, el rico jefe de los publicanos (Luc. 19:2). Si denuncia la imposibilidad humana para los ricos de entrar en el Reino, es para librarlos de su esclavitud, para salvarlos, pues sabe que "todo es posible para Dios" (Mar. 10:27); como lo demuestra el final del relato de Zaqueo: "Daré la mitad de mis bienes a los pobres"; "hoy ha llegado la salvación a esta casa" (Luc. 10ss.).

Los pobres se consideran bienaventurados porque desde ahora están listos para entrar al Reino futuro. En este punto conviene recordar que en el Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos la palabra hebrea anavim (pobres) es casi sinónimo de "piadoso" y se relaciona tanto con su vida religiosa más intensa, como con su condición social. Ponen su confianza en Dios. Sobra decir que si los pobres se dejan alejar de la búsqueda del Reino y de su justicia, ya dejarían de ser bienaventurados. El desapego de los bienes mundanos es ya en sí mismo fuente de felicidad en el mundo (Mar. 10:29ss.).

Pero, ¿no es la constitución de la comunidad de los doce apóstoles el comienzo de una organización social? Jesús llamó a los doce para cumplir con una misión: "¡Proclamando que el Reino de los Cielos está cerca. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios" (Mat. 10:7 ss.). Para cumplir con esa misión, deben abandonarlo todo. Pero no por esto Jesús quiere cambiar el sistema general del mundo. Si, por otra parte, le pide al joven rico que quiere "tener herencia de vida eterna" (Mar. 10:17) que "venda todo lo que tiene", no lo hace en virtud de una exigencia política, sino de un imperativo frente a aquel rico cuyas buenas intenciones se ven en duda por su incapacidad interior de librarse de su apego a los tesoros terrenales,

Aunque la ayuda a los pobres ocupe en el Evangelio un lugar especial, no es independiente de la ayuda de los afligidos y en particular a los enfermos. La parábola del fariseo que se precia de su corrección religiosa y social y el publicano que se da golpes de pecho (Luc. 18: 9-10) recuerda a todos, cualquiera que sea su clase social, que ninguna obra humana tiene valor sin la oración por el perdón de los pecados. En el relato del óbolo de la viuda, que echa todo lo que posee en el arca del templo (Mar. 12: 41 ss.), el interés sobrepasa todo aspecto material (esas pequeñas monedas serán destinadas al mantenimiento del templo); lo que importa es la buena voluntad. La pobre está dispuesta a sacrificar todo, a diferencia de aquellos que dominados por Mamón, sólo dan de lo que les sobra.

Téngase en cuenta lo que Jesús pronuncia en Betania cuando algunos repreueban la acción de la mujer que derramó perfume sobre la cabeza de Jesús: "Se podía haber vendido este perfume por más de trescientos denarios y habérselo dado a los pobres", Jesús respondió: "¿Por qué la molestáis? Pobres tendréis siempre con vosotros y podréis hacerles bien cuando queráis; pero a mí no me tendréis siempre" (Mar. 14: 3; en el Evangelio de Juan, 12: 4, es el mismo Judas Iscariote quien hace la objeción). Hay pues casos en los que Jesús relega a un segundo plano la ayuda a los pobres, a pesar de su insistencia habitual. A la luz de la presencia de Cristo puede haber necesidades superiores.

VII. - CONCLUSION

En la conclusión de este artículo tenemos que preguntarnos, alargando un poco estas líneas, si ese cambio en los corazones de los hombres (en la medida en que se realizara integralmente) no tendería, indirectamente, sin traer el Reino de Dios, a cambiar automáticamente las estructuras presentes, y si luego unas estructuras de la vida social más justas no favorecerían a su vez la conversión individual de los corazones, de modo que se diera el cambio. Pero si esto se admitiese, el querer transformar las estructuras sin transformar al hombre sería, bajo la perspectiva del Reino de Dios, un intento destinado al fracaso pues caería en los mismos errores debidos al pecado del hombre. Así, al combatir el poder de los opresores sin considerar nuestro propio cambio radical, estaríamos sobre su terreno y se llegaría al empleo de la violencia, incompatible con el Evangelio de Jesús (Mat. 11: 12). Es preciso que los hombres aprendan a no dejarse dominar por el mal de aquellos contra quienes combaten (Mat. 5: 39). Según la interpretación del apóstol Pablo (Rom. 12: 21), debemos "vencer el mal con el bien". Y en medio de todos los grupos existentes en su tiempo, Jesús basó la relación con el prójimo en el arrepentimiento del hombre.

Condensado de: Actualidad Pastoral

Junio-Agosto de 1978